



Elmer Restrepo, *En el juego de toballa*. Collage, 2011

“Un recién nacido no tiene tantos colores como un cuadro clásico y esto es común a varios seres humanos. El cuerpo adquiere colores decentes —como el rojo, el violeta y el amarillo— solamente en situaciones extremas donde el pudor o la salud son puestos en discusión. Un hombre saludable tiene el cuerpo en blanco y negro, más descolorido que muchos animales.”

Gonçalo Tavares

Gilles Deleuze: el filósofo como educador

Gilles Deleuze: the philosopher as educator

Leidy Johana Martínez Escudero¹

Resumen

Este escrito pretende abordar parte de la vida del filósofo francés Gilles Deleuze como educador, un rastreo sugerente para la construcción de la Educación Corporal. Dejaré de lado (solo por ahora) su pensamiento filosófico para darle énfasis a aquellos acontecimientos que trazaron su devenir como maestro. Para la Educación Corporal este pensador ha sido muy sugerente; su naturaleza crítica está dibujando otros caminos por los cuales transitar. Es imposible negar los aportes a la educación de un filósofo, pero también profesor durante más de 40 años, seductor de jóvenes y adultos en sus clases, catalogadas por él mismo como “una especie de materia en movimiento musical” (Parnet, 1988). Daremos un paseo entonces por algunas de sus experiencias como estudiante y como profesor, para conocer así un poco más de su ‘pedagogía excepcional’, como diría Dosse (2009).

Palabras clave: vida, experiencia, educación, devenir maestro.

Abstract

This paper aims to address part of the life of French philosopher Gilles Deleuze as an educator, this being a suggestive trace for the construction of Body Education. I will leave aside (just for now) his philosophical thought for emphasis to developments which traced its evolution as a teacher. Body Educational this thinker has been very suggestive, its critical nature is drawing other ways in which transit. It is impossible to deny the contributions to the education of a philosopher, but also a teacher for over 40 years, seducer of youth and adults in their classes cataloged by him as “a kind of matter in motion musical” (Parnet, 1988). Take a walk then some of his experiences as a student and a teacher and get to know a little more of his ‘exceptional pedagogy’, as we say Dosse (2009).

Keywords: life, experience, education, becoming a teacher.

Recibido: 16-09-2011 / Modificado: 06-01-2011 / Aceptado: 15-01-2012

Hace parte del proyecto de investigación “Cartografía de la Educación Corporal: tras los rastros pedagógicos en la filosofía de Gilles Deleuze”. Trabajo de la Maestría en Motricidad y Desarrollo Humano del Instituto Universitario de Educación Física de la Universidad de Antioquia, 2011.

¹ Licenciada en Educación Física y estudiante de la Maestría en Motricidad-Desarrollo Humano en la Línea de Educación Corporal, Instituto Universitario de Educación Física, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. Grupo de Investigación: Estudios en Educación Corporal. lilejme@yahoo.com

Como citar este artículo: Martínez, L. (2011) Gilles Deleuze: el filósofo como educador. En: Revista Educación física y deporte. Vol. 30-2 p. 641-647.

Introducción

Con Deleuze... el pensamiento es experiencia de vida antes que de razón.

Roger-Pol Droit

Han pasado ya más de cuarenta años desde que este pensador “comenzara a realizar sus primeras incursiones en el terreno de la filosofía y parecería más bien que el vertiginoso ritmo de la actualidad debiera haber depositado una gruesa capa de polvo sobre sus escritos” (Galván, 2007, p.17), pero para quienes estamos pensando la Educación Corporal, encontrarlo es estimulante, su filosofía crítica permite rupturas en el pensamiento. Se nos ha presentado como guía para encontrar nuevos elementos que alimenten la construcción pedagógica alrededor de la relación cuerpo-educación con el ánimo de alimentar los vacíos existentes en la construcción del hombre como sujeto.

Cuando hablamos de la Educación Corporal estamos apelando “al cuerpo, los sentidos, la sensibilidad, el movimiento corporal, la percepción sensorial, etcétera, las experiencias que tienen su sustrato en la propia corporalidad y se constituyen en una instancia fundamental para la formación humana” (Gallo L. E., 2010, p. 312). Estamos ante un lugar del cuerpo en la educación, rompiendo con la tradición que nos ha dominado, y generando otras dinámicas alrededor de la experiencia, de otras ideas de hombre, de otras posibilidades corporales, de manera que se reconozca el cuerpo que somos y que educamos.

Ustedes se preguntarán: ¿qué tiene que ver Deleuze con la educación?, ¿acaso era un pedagogo? Para hacer esta salvedad me apoyo en los argumentos de Silvio Gallo (2008) quien aclara en su libro *Deleuze & a Educação* que aunque el filósofo no estaba específicamente dedicado

al estudio de los procesos educativos, sí permite explorar sus posibilidades desde una perspectiva filosófica, no propiamente para hacer de la educación un objeto filosófico, sino para mirarla como un conjunto de prácticas y conocimientos con los que la filosofía debe mantener un diálogo permanente.

En este artículo estamos planteando que el pensamiento de Gilles Deleuze tiene mucho de pedagógico, no porque proponga modelos ni estrategias sino por las relaciones con aquellos conceptos y perceptos² que en él despiertan un interés por el individuo, por sus modos de existencia, de relacionarse con el afuera, por las potencialidades del hombre, de su pensamiento, por la vida misma como expresión y acontecimiento, su preocupación por los devenires que pueden tener lugar en el hombre, por otros modos de pensar, de vivir. Es esto lo que hace que “el estilo deleuziano sea marcadamente pedagógico” (Naranjo, 1996, p.15).

Leer a Deleuze en clave pedagógica para la Educación Corporal implica pensar la educación de una manera inusitada, osada y arbitraria, un poco desde lo que otros autores posestructuralistas (Foucault, Badiou, Rancière) ya han propuesto. Su naturaleza crítica, inquieta e innovadora por excelencia, nos invita a poner en movimiento la educación y dar circulación a las fuerzas que la atraviesan como alternativa forjadora de nuevas formas que apoyan la construcción de una “Educación Corporal de lenta elaboración pero puro devenir” (García, 2011).

Para esta ocasión miraremos a Deleuze como persona, dejaremos de lado su pensamiento y todo lo que tiene para sugerirnos, para mirar su esencia, su vida³. En este texto, más que en el propio Deleuze como filósofo, el énfasis estará puesto en su papel como educador. La idea consiste en darle una mirada a su historia, a aquellos

² Los perceptos son definidos por Cynthia Farina en su tesis doctoral como “nuevas maneras de ver y oír” (2005, pág. 93).

³ La mayoría de los relatos de su vida fueron encontrados en el texto de Francois Dosse *Gilles Deleuze y Félix Guattari. Biografía cruzada*. A través de su investigación, sus entrevistas e indagaciones en archivos inéditos, Dosse relata la vida y los acontecimientos que hicieron a estos dos autores tan fundamentales para la vida intelectual francesa de la segunda mitad del siglo XX desde su pensamiento crítico, sus conceptos, su pensamiento crítico y su práctica social.

acontecimientos que lo hicieron maestro y que hacen que aun después de 16 años de su muerte sea tan actual e intemporal. Como él mismo lo decía en una entrevista con Didier Eribon en 1983, “Lo que cuenta es volver a encontrar la prodigiosa novedad de alguien, de un gran autor... No se puede leer a un gran autor sin encontrar en él una novedad eterna” (Galván, 2007, p.17).

Daremos un paseo por Deleuze como estudiante y como docente, por esos pliegues sensibles en su vida que generaban resonancias y engendraban nuevos pensamientos para su época, aun ahora. Indagaremos por esa vida inspiradora como maestro a través de esas experiencias que tienen mucho que decirnos para lo que hoy estamos pensando como educación y específicamente como Educación Corporal.

El 4 de noviembre de 1995

Para René Schérer, toda la filosofía de Deleuze era un himno a la vida, una afirmación de la misma (Dosse, 2009, p. 639). Por esto sus amigos entendieron su muerte como un acto poco congruente con lo que su filosofía encarnaba como potencia vital, tanto que algunos intentan ver en este acto una “forma de vuelo, de último acto de vida”. El domingo 4 de noviembre de 1995 Deleuze se lanzó por la ventana de su departamento y el mundo perdió al “puro filósofo, puro metafísico, como él mismo se presentaba” (Dosse, 2009, p.555).

Deleuze tenía un enfisema que venía agravándose desde hace 25 años (en los años 70 cuando lo conocí, sus pulmones ya funcionaban a solo un octavo de capacidad). Cinco años antes de su muerte ya se había hecho una traqueotomía, y pasó a respirar a través de una máquina, a la que debía estar conectado la mayor parte del tiempo, restándole prácticamente toda autonomía, pudiendo hablar o escribir por un brevísimo lapso cada día. Me contó un amigo que en los últimos tiempos él repetía constantemente sus ideas para poder recordarlas en los momentos en que podía escribir. Releyendo las pocas cartas que me escribió desde 1979, cuando volví a Brasil, noté que su letra fue haciéndose

cada vez más temblorosa e irregular. En la última, a final de septiembre, se quejaba de las restricciones que debía soportar, de tener que aprovechar el mínimo de energía que le quedaba para su trabajo, sin poder dedicarse a otras lecturas. En las últimas semanas, su pulmón llegó a tal punto de asfixia que él no podía escribir ni una línea, ni tampoco hablar. Con la llegada del invierno las cosas se agravaban y no había ninguna posibilidad de recuperación. Mientras pudo escribir y hablar, aun con grandes dificultades y restricciones, él quiso seguir viviendo... Pero cuando todo se volvió definitivamente imposible, escogió hacer lo que parece haber hecho siempre en su vida y que, en todo caso, siempre defendió en su obra: enfrentar las diferencias que se presentan y, por más insoportables que sean, encaminar la existencia en la dirección en que ellas apuntan. ¿Hay acaso una diferencia más insoportable y que requiera mayor coraje que el enfrentamiento con la muerte? (Rolnik, 2011).

Estas líneas escritas por Suely Rolnik confirman que no era tanto el sufrimiento lo que Deleuze no soportaba, sino la incapacidad progresiva de trabajar, de escribir, de intercambiar (Dosse, 2009, p.638) y fue esto lo que terminó llevándolo al suicidio. Deleuze amaba escribir, para él escribir era hacer rizoma, “ampliar nuestro territorio por desterritorialización, extender la línea de fuga” (Deleuze y Guattari, 2008, p.9), era el acto de la vida misma. Para ese momento en la vida de Deleuze se fueron imponiendo unas líneas que en vez de liberarlo lo iban sujetando a la quietud, y en un acto de rebelión se escapó, pero dejó ese mensaje hacia el futuro del que habla en su último libro *¿Qué es la filosofía?*, que está atravesando épocas.

Fue su pasión profunda por la vida lo que desató su muerte, al ver que su escritura, sus conversaciones ya no eran iguales y que cada día se tornaban más difíciles; ya su vida no tenía el mismo color de antes. Obligado a vivir con la enfermedad, Deleuze estaba siempre más atento a la escucha de su propia vida que a la salud misma, fue el débil estado de salud con el que convivió desde pequeño el que favoreció su actitud atenta y de escucha. En su entrevista con Claire Parnet afirmaba que “la enfermedad es algo que agudiza el

sentimiento de la vida”, no era su enemiga, pero cuando ésta ya se impone y domina sus fuerzas aparece el cansancio para decir “he hecho lo que he podido” (Parnet, 1988) y sin duda, “Deleuze tuvo el coraje de afirmar la vida hasta el momento extremo de su fin” (Rolnik, 2011).

El despertar de Deleuze

“Gilles Deleuze era una persona muy suave, y no estaba a gusto consigo mismo; usaba bufanda en verano; tenía un aspecto de niño al que una madre demasiado intranquila habría protegido demasiado”. Esto decía Claude Lanzmann, uno de sus amigos de La Sorbona (Dosse, 2009, p.129); pero lo cierto es que una infancia atravesada por la guerra, como fue la de Deleuze, produjo en él varios acontecimientos que determinarían su vida como filósofo, su devenir escritor, su devenir profesor.

Para comenzar, Deleuze era poco simpatizante de la familia, especialmente la suya, luego de ser considerado siempre como el hijo segundo y mediocre para sus padres —el ingeniero y empresario Louis Deleuze y la ama de casa Odette Camaüer—, que adoraban a su hermano mayor George, el héroe desde su sepultura. La muerte del hermano mayor desata el rechazo precoz al ámbito familiar del autor, que además desempeñó un papel muy importante en la construcción de su identidad, y lo llevó años más tarde en su texto *Conversaciones* a hablar de la familia como “un ‘interior’ en crisis como todos los interiores, escolares, profesionales, etcétera”. En uno de los cursos de la Universidad de París en 1980, Deleuze evoca un recuerdo de la infancia con su padre que ratifica lo que para él representaba su familia. Evento que logró marcarlo y lo fue constituyendo en lo que hoy conocemos. En las vacaciones su padre trataba de ayudarlo con el álgebra, él “ya sabía lo que iba a suceder. Y tenía pánico. No fallaba nunca. Mi padre creía tener el don de explicar con claridad. Pero muy rápido la situación descarrilaba y al cabo de cinco minutos mi padre empezaba a gritar y yo a llorar” (Dosse, 2009, pp.120-121).

A los 15 años, tomando clases en un hotel de Deauville, Deleuze dio un giro a su vida y pasó

de ser un estudiante mediocre, sin interés por ninguna cosa, a un alumno apasionado al descubrir la literatura francesa con su profesor de letras Pierre Halbwachs, a quien seguía luego de las clases hasta convertirse en su discípulo. Como el mismo Deleuze decía a sus alumnos del curso de la Universidad de París, “había encontrado un maestro” (Dosse, 2009, p.121). Desde ese momento Gilles no era el mismo estudiante que se ocultaba detrás de su colección de estampillas, y al regresar a París a su Liceo Carnot, donde cursó desde el primer año de la escuela secundaria (Dosse, 2009, p.121), descubrió en su último año su pasión por la filosofía en su clase con el profesor Vial, quien le impregnó su pasión por la disciplina a tal punto que él afirmaba: “Desde las primeras clases de filosofía supe que me dedicaría a esto” (Parnet, 1988). Sería éste, entonces, el comienzo de todo un trasegar con amigos como Michel Tournier, estudiante de filosofía que lo llevara a las clases con Gandillac, a reuniones para conversar con otros amigos filósofos y de esta manera involucrarse en éste que sería su universo de allí en adelante.

En entrevistas con Dosse cuenta Tournier que cuando Deleuze entró en filosofía, los aventajó a todos por completo. “Recuerda las conversaciones con su nuevo amigo, en 1941 y 1942: las ideas que intercambiábamos como balas de algodón, o de caucho, él nos las reenviaba, endurecidas y más pesadas, como bolas de hierro y acero. Rápidamente le temimos por ese don que tenía de encontrarnos en una sola palabra” (Dosse, 2009, p.122). No era para menos. Deleuze era un joven estudiante que sin terminar la secundaria causaba conmoción y provocaba rumores, todos hablaban de él. “Va a ser un nuevo Sartre”, decían, según relata Maurice de Gandillac. Él conversaba con Pierre Klossowski sobre Nietzsche, y su amigo Tournier vivía asombrado por la facilidad con la que abordaba la tradición filosófica y la ponía a conversar con la actualidad, aquello con lo que comenzaría su carrera y el desarrollo de su pensamiento.

Una vez terminó el bachillerato, Deleuze asistió a cursos de preparación para el ingreso a la universidad, y aunque aún era un aprendiz de filosofía, fue muy aceptado por sus pares y se

distinguió por sus capacidades excepcionales, por las cuales se le otorgó una beca para entrar a La Sorbona, donde luego de ser un estudiante prodigioso de filosofía, pasaría a ser un maravilloso profesor.

Devenir maestro

Deleuze, profesor de filosofía en los liceos de Amiens y de Orleans; luego en París, en el Liceo Louis-le-Grand, y en La Sorbona; más tarde en Lyon y, por último, después de mayo de 1968, en la Universidad de París VIII, en Vincennes, apasionado por sus clases que, más que cursos, formaron una parte importante de su vida (Parnet, 1988). De espíritu retraído, nunca gustó de viajar, de estar en congresos, de dar entrevistas; fue un gran profesor, ésa era su pasión. Durante casi 40 años, fue un seductor de jóvenes y adultos en sus clases, catalogadas por él mismo como “una especie de materia en movimiento musical” (Parnet, 1988).

Música que componía cada vez con más tiempo, inspiración y amor. Él decía “hay que amar lo que uno hace”, y él amó sus cursos. Su experiencia como profesor, la pasión con la que hablaba, la importancia que le daba a la preparación de sus clases, el hecho de desplegar otras dimensiones en sus estudiantes a tal punto de esperarlo largas horas para estar en primera fila en sus cursos, hacen de Deleuze un pedagogo (Dosse, 2009, pp. 459-467). Ya diría Deleuze en la entrevista con Claire Parnet, en *El abecedario*:

Las clases forman parte de mi vida, las doy con pasión. No son de modo alguno como las conferencias, porque implican una larga duración, y un público relativamente constante, a veces durante varios años. Es como un laboratorio de investigación: se da un curso sobre aquello que se busca y no sobre lo que se sabe. Es preciso mucho tiempo de preparación para obtener algunos minutos de inspiración. Tuve el placer de parar cuando vi que necesitaba preparar más para tener una inspiración (...) un curso es una especie de composición, más próximo a la música que al teatro. Nada se opone, en principio, a que un curso sea algo así como un concierto de rock” (Parnet, 1988).

Desde su primer año de enseñanza, a los 24 o 25 años, Deleuze tenía un estilo particular, se convertía para sus alumnos en aquel profesor que desmitificaba la filosofía para hacerla práctica a los problemas de la vida común de sus estudiantes, reflexionando de la mano de autores clásicos. Para estos primeros años Deleuze considera a Spinoza y Bergson como filósofos inspiradores. Sus alumnos lo catalogaban como un “fantástico estimulador” (Dosse, 2009, p.134), les comunicaba la necesidad de la filosofía y terminaba por desacomodar sus vidas, como sucedió con Claude Lemoine, quien estaba sentenciado a seguir los caminos de su padre abogado y a quien Deleuze un día le dijo: “No tiene por qué ser así” (Dosse, 2009, p.135), y efectivamente no lo fue. En su paso por los liceos de Orleans y en Louis-le-Grand, Deleuze se convirtió en más que un profesor: un maestro de futuros filósofos dentro y fuera de clases, seduciendo con la lectura, la comida, el cine, la literatura. “En su discurso todo muestra un deseo por abolir las fronteras entre los gustos y los saberes” (Dosse, 2009, p.140).

Aunque en sus clases el público siempre fue numeroso y diverso, como lo afirmaba Silvio Gallo (2008, p. 16) Deleuze siempre supo encantarlos y conquistarlos, tanto que aunque no entendieran casi nada, como sucedía con Colle de France, uno de sus estudiantes, igual se quedaban por gusto, porque se sentían bien; había una fascinación real en sus clases (Dosse, 2009, p.463). Y aunque eran diversas las razones por las que los estudiantes acudían a los cursos de Deleuze, él no pretendía dirigir, siempre afirmó que “hay que tomar lo que uno precisa para sí mismo” (Dosse, 2009, p.463). Sus clases no eran para normalizar, al contrario, según una de sus alumnas “en el amor, en la amistad y en la enseñanza que impartía, le interesaba captar la parte sombría y heterogénea propia de cada individualidad” (Roudinesco, 2007, p.197). Siempre le daba cabida a la palabra del otro, de cada uno, y de esta manera la multiplicidad tenía un espacio desde la clase misma.

El Centro Experimental de Vincennes (1970-1987) será fundamental en la experiencia docente para Deleuze y también en la construcción de su mente (Gallo, S., 2008, p.15). “Cuando Deleuze

llega a Vincennes, su talento de pedagogo y el rumor que corre en París en cuanto al carácter excepcional de sus clases, se traduce de inmediato en una audiencia muy numerosa. La gente se apresura para escucharlo en el pequeño salón de clases donde tiene lugar su curso de los martes” (Dosse, 2009, p.450). Clases con públicos heterogéneos, que le encantaban a Deleuze porque su enseñanza pretendía rebasar el corpus clásico de la filosofía para abrirlo a otras ciencias y artes, y así ponerlo en movimiento (Dosse, 2009, p.451). Su idea siempre fue favorecer la invención y el trabajo por fuera de las reglas universitarias.

Cada semana en la Universidad de Vincennes, Deleuze relataba frente a sus estudiantes las aventuras de un libro que parecía escribirse solo, siguiendo el hilo de una palabra febril y abierta (Roudinesco, 2007, p. 202). Deleuze siempre conectó sus libros con sus clases, en medio del aula “fascinaba volviéndose el partero tierno y bárbaro del deseo de aquellos que venían a escucharlo [...] hablaba sin leer las notas, al público, como si el libro que llevaba en él estuviera inscripto desde la eternidad en lo más recóndito de su alma”, decía Elizabeth (Dosse, 2009, p.461).

Deleuze afirmaba que la labor de un profesor era “comunicar un texto, es hacer amar un texto” (Parnet, 1988), así como lo hizo con él su maestro Halbwachs. Pero esto solo es posible con pasión, o por lo menos de esta manera lo hizo Deleuze, involucrando los intereses, las pasiones, las emociones de sus estudiantes, para decir entonces que “un curso es emoción. Si no hay emoción, no hay inteligencia, ningún interés, no hay nada” (Dosse, 2009, p.459). De esta manera es como Deleuze lograba llenar sus aulas con estudiantes que buscaban más que la clase de filosofía, tanto es así que Hidenobu Suzuki, en una entrevista con François Dosse, podría decir: “Ir a sus clases era una pasión para mí” (Dosse, 2009, p. 466).

Este maestro llegó a transformar la vida misma con su pensamiento, catalogado con una “eficacia pedagógica excepcional” por Dosse. Sus clases significaban algo más para sus estudiantes. Cuenta Elias Sanbar que “había una señora mayor que venía a todas las clases, y aquel año hizo mucho frío. En una pausa, cuando todos los estudiantes

abandonaban el aula para ir a fumar afuera, yo me quedé. Me dirigí a la señora y le pregunté si estaba preparando algo, porque no faltaba a ninguna clase. Ella me respondió: ‘Señor, sabe usted, estas clases me ayudan a vivir’” (Dosse, 2009, p.465).

Finalmente, como ninguna etiqueta —pensamiento de la diferencia, posestructuralismo, postmoderno— parece poder abarcar ni la complejidad, ni la riqueza, ni la pujante novedad que emana de los textos del filósofo francés (Galván, 2007, p.17), tampoco la hay para enmarcar este filósofo como educador: es clasificable. Su pedagogía no fue producto de un método o una guía, fue producto de su vivencia, de sus encuentros con el mundo y con su pensamiento. Deleuze hizo visibles otras formas para educar que van más allá del aula y tienen que ver con la vida misma. Y aunque él no se haya dedicado a escribir sobre la educación, hay algo que va más allá de sus escritos y que nos motiva a pensar. La educación en él se constituyó en uno de sus devenires, en el territorio mismo de su pensamiento.

“Quizás algún día el siglo sea deleuziano” predijo Foucault en 1969 y no lo será solo por la filosofía Roudinesco, Filósofos en la tormenta, 2007

Referencias

1. Deleuze, G. (1996). *Conversaciones 1972-1990*. (Trad. J. L. Pardo) España: Paterna.
2. Deleuze, G. (1987). *Foucault*. (Trad. J. V. Pérez). España: Paidós.
3. Deleuze, G., & Guattari, F. (1993). *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama.
4. Dosse, F. (2009). *Gilles Deleuze y Félix Guattari. Biografía cruzada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
5. Droit, R. P. (1999). *Saint Deleuze*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
6. Farina, C. (s.f.). Arte e formação: uma cartografia da experiência estética atual. Texto inédito.
7. Farina, C. (2005). *Arte, cuerpo y subjetividad. Estética de la formación y Pedagogía de las afecciones*. Tesis Doctoral. Universidad de Barcelona. Recuperado el 10 de agosto de 2011 de http://www.tdx.cesca.es/TESIS_UB/AVAILABLE/TDX-0922105-105743//TESIS_CYNTHIA_FARINA.pdf

8. Gallo, L. E. (2010). *Los discursos de la Educación Física contemporánea*. Armenia: Kinesis.
9. Gallo, S. (2008). *Deleuze & Educacao*. Belo Horizonte: Autentica.
10. Galván, G. (2007). *Gilles Deleuze: Ontología, pensamiento y lenguaje. Un logos problemático*. Granada: Universidad de Granada.
11. García, C. & Correa, A. (2011). La Educación Corporal o el valor superior del cuerpo. En: Gallo, L.E. (Editora) *Aproximaciones Pedagógicas al Estudio de la Educación Corporal*. Medellín: Funámbulos editores, Universidad de Antioquia. Machado, R. (2010). *Deleuze, a arte e a filosofia*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed.
12. Naranjo, J. A. (1996). *Deleuze*. Medellín : Fondo editorial Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina.
13. Parnet, C. (1988). *El abecedario de Gilles Deleuze* [videos]. Dirigido por: Pierre-André Boutang. Recuperado el 15 de 8 de 2011 de <http://aquileana.wordpress.com/2011/02/07/gilles-deleuze-el-abecedario/>.
14. Rajchman, J. (2007). *Deleuze. Un mapa*. Buenos Aires: Nueva Visión.
15. Rolnik, S. (15 de abril de 2011). *Del acto y la potencia*. Recuperado el 15 de 8 de 2011, de <http://laalegria.wordpress.com/>
16. Roudinesco, E. (2007). *Filósofos en la tormenta*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
17. Rozengardt, R. (2008). Problematicación pedagógica en torno a la Educación Física, el cuerpo y la escuela. *Educación Física y Deportes*, 2 (27), 103-115.